

Biblioteca Films

INJUSTA ACUSACIÓN

NÚM.
459

25
CTS.



BUZZ BARTON - SAM NEWLSON

THE VAGABOND CUB 1929

BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACÍA

REDACCIÓN, ADMINISTRACIÓN Y TALLERES:
VALENCIA, 234 APARTADO 707 BARCELONA

DEPÓSITO GENERAL DE VENTA EN BARCELONA:
SOCIEDAD GRAL. ESPAÑOLA DE LIBRERÍA
CALLE DE BARBARÁ, NÚMEROS 14 Y 16

APARECE LOS MARTES

AÑO VIII

NÚM 459

INJUSTA ACUSACIÓN

Adaptación en forma de novela de la película
del mismo título interpretada por el gran artista

BUZZ BARTON

Dirección: LOUIS KING Producción: F. B. O.

EXCLUSIVAS

E. HUET

Paseo de Gracia, 66 - Barcelona

REPARTO:

Red Hopher	BUZZ BARTON
Jack Mc Donald	Sam Newlson
Jane Morgan	Ione Holmes
Hank Hobbins	Frank Rice

ARGUMENTO DE DICHA PELÍCULA

das las muchachas americanas que llevan la vida fuerte y azarosa de las nuevas actividades de la mujer. Hija única, acompañaba a veces a su padre en los largos recorridos a caballo y su temple casi varonil contrastaba con la regalada existencia de las señoritas de las capitales.

Boulder Goulch había sido testigo de varios sucesos sangrientos y entre ellos, era el más reciente y el que más había apasionado a la opinión, la muerte de Bob Mac Donald, de cuyo asesinato habían culpado al viejo Hank Hobbins, por coincidir su marcha de la población con el referido crimen.

Coincidiendo también con el crimen, había dado el caso de que Walter Sykes, un aventurero, se había instalado en Boulder Goulch, sin que se supiera a ciencia cierta de dónde procedía el dinero que gastaba y cuál era la finalidad de su permanencia en la localidad.

Sykes había puesto sus ojos en la belleza de Jane Morgan... de modo que no es de extrañar que la persiguiera...

Cada vez que la encontraba y éstas eran muy frecuentes, le dirigía Sykes invariablemente la misma pregunta:

—Señorita Jane Morgan, si he de continuar preguntándole si me ama... acabaré

Boulder Goulch reunía las características de las pequeñas ciudades mineras del Este americano, que son casi siempre, teatro del esfuerzo abnegado de los trabajadores que en lucha con constantes peligros, bajan a las entrañas de la tierra, para arrancarle los tesoros auríferos que aun guarda, para deslumbrar a los mortales con la eterna quimera del oro.

Mas como entre los honrados mineros se mezclaba también la escoria de los aventureros venidos de extrañas tierras, para merodear en busca del fruto del ajeno trabajo, la seguridad de la pequeña población estaba encomendada a Dam Morgan, sheriff, que en larga carrera había demostrado que nos les temía a los malhechores. En su lucha contra los enemigos de la sociedad y la Ley, le alentaba su hija Jane, una hermosa joven, con todas las cualidades de que están adorna-

por quedarme afónico... contésteme de una vez...

Mas la joven también, invariablemente, le replicaba dando a entender su desagrado...

—...y yo siempre le responderé lo mismo..., por ahora prefiero quedar soltera para poder cuidar a mi padre...

—Suerte envidiable la de su padre, tener tan bellas manos para hermosearle la vida y ocuparse de su bienestar...

—¿Acaso no lo merece?—contestaba Jane con marcado desprecio.

De este tenor eran los diálogos que se cruzaban entre los dos y, sin embargo, Sykes insistía siempre, no dejando en paz a la hija del sheriff.

—¿Qué extraño interés podía tener Sykes, en buscar la amistad de la joven?

Profundizando en el ambiente local y sabida la indignación que había despertado el crimen, no es raro suponer que la amistad de Jane y de su padre en razón al cargo que desempeñaba, podrían ser muy útiles a quien quisiera congraciarse con el representante de la justicia, haciéndolo servir de escudo para pasar desapercibido a pesquisas que pudieran ordenarse...

De todos modos, habiendo cargado con la culpabilidad ante las gentes el viejo Hank Hobbins, parecía que el presunto asesino, fuese quien fuera, podía estar tranquilo por

el momento. Sin embargo, en el pueblo se conservaba vivo el recuerdo del hecho y todos dudaban de que el pobre viejo fuera el asesino de Mac Donald. Pero todos conocemos la ruda y salvaje psicología de los pueblos americanos, que van en busca de una justicia rápida, buscando la víctima que pague por el muerto, según la dramática Ley de Lynch. Sentado este precedente, no es aventurado afirmar que en Boulch Goulder estaba latente aún el afán de venganza y causaba irritación a los honrados mineros, que la deuda de sangre estuviera aún por saldar...

Cierto en que, como de costumbre, la pequeña ciudad se hallaba entregada al trabajo, Jane cuidaba del cuarto de su padre y Sykes también como de costumbre, la estaba espiando para preguntarle por centésima vez cuándo se casarían... llegó un viejo de aspecto simpático, cuyas barbas empezaban a blanquear... Su caballo llevaba un trote alegre, como si reconociera el pueblo, del que partió, o sospechara que allí finía la larga y última etapa de su marcha... Era Hank Hobbins que gozoso y sin sospechar la terrible acusación que contra él pesaba, volvía al pueblo del que partió por rara coincidencia, el mismo día del crimen... cuando el desdichado Mac Donald aún vivía, las últimas horas de su existencia...

La alegría iba invadiendo el alma del vie-

jo Hobbins, al ir reconociendo los lugares que le eran tan queridos.

Pronto se esparció la noticia. ¡Hank Hobbins se encuentra en el pueblo...!

Uno de sus amigos se acercó a saludarle, pero lo hizo con tanta frialdad que el viejo no se podía dar cuenta del por qué de esta glacial acogida... Luego observó que otros a los que él saludaba cordialmente, le volvían la espalda, al ver que avanzaba hacia ellos para estrecharles la mano... Su semblante se nubló con una duda cruel...

¿Era posible que una ausencia de escasamente tres años, hubiera podido borrar tan hondos afectos?... ¿Tan falaz era la amistad, que el olvido la había destruido tan rápidamente...?

Solamente un pequeño muchacho travieso y ágil que correteaba con su "pony", le recibió jovialmente...

—Hola Hobbins, ¿otra vez por aquí? Aun recuerdo cómo me enseñabas a montar a caballo... Fuistes muy bueno para mí...

—¡Qué alegría me das pequeño—díjole Hobbins—. Veo que los muchachos son más efusivos que los mayores...

Mas, pronto el pequeño se fué también al ver que llegaba Jack Mac Donald, hijo del que todos suponían asesinado por Hank...

—Hola Jack Mac Donald—fué corriendo

a decirle el viejo—. ¿Y no te acuerdas de mí?

Quedó callado Jack y el viejo insistió:

—Parece que te niegas a saludar al mejor amigo de tu padre...

Jack Mac Donald, miró de pies a cabeza al viejo Hobbins y le dijo:

—Tal vez sea algo discutible el poder llamarnos el mejor amigo de mi padre.

—¿Te atreves a dudarlo? —inquirió el viejo.

Y Jack Mac Donald, volviéndose hacia la pared e indicándole un cartel que en la misma estaba pegado, le dijo:

—Enteraos de lo que dice ese cartel...

Volvió los ojos Hobbins y pudo leer con la mayor estupefacción:

"Mil dólares de recompensa por la captura de Hank Hobbins, autor de la muerte de Bob Mac Donald."

Por si el texto no fuera lo suficientemente explícito, había en el cartel su propio retrato, por lo que no le cupo a Hobbins la menor duda.

—Es imposible, esta es la más vil y cobarde de las calumnias... pero yo sabré castigar al verdadero culpable... siempre el que acusa desde la sombra, acaba por caer en manos de su propia víctima... y entonces, no hay clemencia para él.

Esto dijo con rabia y ansias de justicia

tan grandes, que Jack quedó impresionado por el acento de sinceridad que había en las palabras del pobre viejo...

Este continuó:

—Tú padre vivía cuando yo salí de la ciudad... en todo caso, el crimen debió cometerse el mismo día por la noche y los asesinos, sabedores de mi marcha, tomaron el acuerdo de acusarme, para así verse libres de las molestias de la justicia y de las averiguaciones del caso... el sistema era cómodo... pero no contaban con que a mí no me tiembla la mano cuando disparo... y siempre queda una bala para el acusador cobarde, que confía en que no será descubierta su calumnia...

Rojo de ira e indignado a la vez por la muerte de su amigo, que deseaba vengar y también por la injusta acusación de que había sido víctima, el viejo llamó prontamente la atención de los que cruzaban por su lado.

Lo que no quiso hacer Jack con el supuesto asesino de su padre, pues dudaba de la veracidad de la acusación, lo hicieron pronto otros y el sheriff fué advertido inmediatamente...

Llegó hacia donde estaba Hobbins gesticulando aún y haciendo protestas de inocencia, y tomándolo por un brazo, le dijo:

—Hank, el deber mío es muy ponoso... he de arrestarte, pues como debes saber, se te acusa de la muerte de Bob Mac Donald...

Rápidamente, el grupo que rodeaba al sheriff y a Hobbins fué engrosando y empezaban a sonar amenazas, cuando el viejo Morgan se llevó a su detenido a la cárcel, seguido por el vocerío de la multitud, que reclamaba rápida y ejemplar justicia.

Instantes después, mientras el pobre Hobbins se acomodaba entre rejas, maravillado aún y creyendo soñar, al ver el recibimiento tan inesperado que le habían preparado sus paisanos, Jane Morgan, hija del sheriff y Jack Mac Donald, hijo del supuesto asesinado por Hobbins, el siguiente diálogo:

—Estoy ante el momento que más he esperado en mi vida—dijo Jack—, y siento que toda mi ansia de venganza, ha desaparecido...

—No lo comprendo, Jack—dijo Jane Morgan.

—Sí, es raro, en efecto, siempre había deseado hallarme ante el asesino de mi padre, pero ahora que lo he visto tan cerca de mí... no sé qué me impide vengarme... aquel viejo me infunde respeto.

—Igual me ocurre a mí, Jack; no sé qué extraña convicción tengo, de que este hombre es inocente...

—Es cierto, pero está considerado como el asesino de mi padre y yo debiera darle muerte tal y como lo juré... hasta temo que tú me ames menos, Jane,

—Es imposible para mí dejarte de amar... Desde mucho antes de la muerte de tu padre nos juramos un amor que nada ni nadie pudo romper... antes al contrario, el ver que no te entregas a una ciega venganza, me hace admirarte, ya que de sobras conozco tu valor y el amor que tenías a tu padre...

—Gracias, Jane... pero ese viejo no tiene aspecto de criminal y los anales de la policía nos enseñan como muchas veces los redomados criminales ocultan sus huellas y se presentan a otros como inocentes, mientras que el que realmente es inocente paga en la cárcel culpas ajenas...

—Tal vez estemos ante uno de estos casos y el pobre Hobbins esté enjaulado, mientras los verdaderos culpables andan sueltos...

—Sí, Jane, el corazón no engaña casi nunca, cuando se sospecha de una persona que nos es repulsiva, casi siempre acierta...

—A propósito de personas repulsivas... Ese molesto Sykes nunca me deja en paz... siempre asediándome y pidiéndome mi amor... con promesas de su gran fortuna, que nadie conoce, ni sabe cómo ha logrado adquirirla...

—Ya le enseñaré yo a respetarte, pues esa clase de tenorios, en la época en que ya no se usa espada, lo mejor es atizarles de lo lindo una serie de estupendos puñetazos, para

que sepan la relación que existe entre el amor y el boxeo...

—Déjalo en paz, que por mí, no corro peligro de que me enamore de un saldo semejante, que parece escapado de un libro de caricaturas...

—Nunca mejor que ahora podemos decir que el corazón no engaña. Ese hombre es misterioso y no me inspira confianza. Como hija del sheriff, deberías recomendar a tu padre que no le pierda de vista...

—Mi padre ya sabe que es hombre de cuidado, y la hija sólo quiere a Jack Mac Donald—añadió Jane, riendo.

Mientras esta escena amorosa tenía lugar, el pobre Hobbins gemía entre rejas, lamentándose de su infausta suerte.

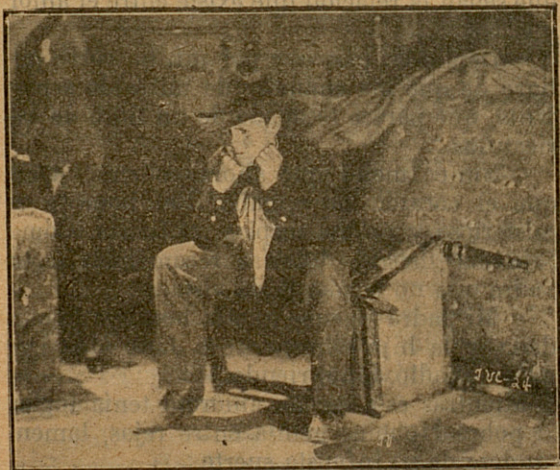
—Es inútil acusarme... Yo no puedo haber dado muerte a Bob Mac Donald, que como todo el mundo sabe, era mi mejor amigo...

Al oír las lamentaciones de Hobbins, el sheriff Morgan acercóse al detenido y le dijo:

—Mi opinión particular no puede prevalecer y yo he de atenerme a las normas de la justicia estricta; pero la acusación que contra ti han lanzado, no deja de tener cierto fundamento...

—No comprendo que pueda tener base sólida el acusar a un inocente...

—Voy a explicártelo—siguió diciendo el sheriff Morgan, que como ya hemos comuni-



Red Hopher.

cado a nuestros lectores, era el padre de Jane.

Y aproximándose más al pobre acusado, le dijo con acento en el que se reflejaba una amarga convicción:

—La noche misma del día en que tú partistes para Méjico se cometió el asesinato del infortunado Bob Mac Donald.

—Pues aquella misma tarde yo sostuve una fuerte disputa con Sykes y hube de luchar con él, que me atacó, pudiendo rechazarle y

dándole de paso unos buenos golpes. Indudablemente esto le puso furioso, y si como yo supongo, fué él el autor de la muerte de Bob, concebiría la idea de acusarme para, como buen cobarde, vengarse de la corrección que le inflingí, máxime teniendo la certeza de que al alejarme yo aquel mismo día para mis propiedades de Méjico, difícil sería por algún tiempo llegar al esclarecimiento de la verdad.

—Entonces ¿por qué no ha huído luego Sykes, cuando ha tenido ocasión y tiempo sobrado para verificarlo?...—preguntó el sheriff.

—No sé—replicó Hobbins—, tal vez porque espera dar cima a su plan casándose con tu hija Jane y de esta forma asegura la impunidad más absoluta.

—Ahora empiezo a comprender. Cuando se encontró el cadáver de Mac Donald, Sykes declaró que había presenciado como tú y el difunto habíais sostenido una terrible discusión, llena de amenazas de muerte.

—Es completamente falso y esto me afirma más y más en la creencia de que Sykes es el culpable y sólo trata de cargarme a mí la terrible acusación, para que me colguéis y entonces pueda él respirar a sus anchas. Además, como estoy seguro de que el móvil del crimen fué el robo, no tardará Sykes en

hacer ostentación de su mal adquirida riqueza para deslumbrar a tu hija...

—Es muy posible; pero como tú sabes que para un padre no hay secretos, el corazón de mi hija pertenece ya a Jack Mac Donald.

—Buen muchacho, al que yo daré cumplida satisfacción presentándole al asesino de su padre — dijo Hobbins con plena convicción.

—Lo dudo; ¡pobre Hobbins! — dijo el sheriff —; la gente del pueblo reclama justicia y yo no puedo oponerme a las pruebas oficiales de tu culpabilidad.

Alejóse el sheriff, dando por terminada la conversación y casi arrepentido de haber dado rienda suelta a sus convicciones personales, y volvió a quedar solo el pobre Tobbins.

Cuando el sheriff se hubo marchado, por la parte recayente a la calle trasera, apareció en la ventana la cabeza del pequeño jinete amigo del acusado. Era éste un rapaz huérfano de padre y madre, que llevaba por nombre Red Hepper. Agradecido como estaba a las bondades de Hobbins, que le había regalado el "poncy" que montaba, trataba de acudir en su auxilio. Levantado sobre los estribos de su montura, llegaba justo a poder asomar su cabeza al interior de la prisión.

Al verle, el viejo Hobbins le dijo con amargura:

—Ya ves, mi pequeño amigo, a lo que ha reducido la envidia y la maldad de los hom-



Apareció en la ventana la cabeza del pequeño jinete...

bres. Estoy a punto de ser colgado. De vez en cuando llega hasta esta prisión la voz del populacho, que pide mi vida como venganza de un delito que no he cometido...

Pues bien — dijo el pequeño —, yo, Red Hepper, el más insignificante de los ciudadanos de Boulder Goulch, voy a intentar de salvarte y prestaré un gran servicio a la causa de

la justicia... porque yo no creo, no puedo creer, en tu culpabilidad.

Próximas a saltársele las lágrimas, dijo el viejo Hobbins:

—No te expongas demasiado, pequeño... y que la suerte guíe tus pasos...

Partió a galope el muchacho y quedó el viejo, sintiendo que en el fondo de su alma tenebrosa, donde sólo la negra injusticia imperaba, se encendía una diminuta luz de esperanza.

Mas, al contrario de lo que el viejo acusado creía, había también en el pueblo otros que se disponían a actuar en favor del inocente. Entre ellos, y como prueba irrefutable de su nobleza de carácter, se encontraba también el hijo de la víctima, el valeroso Jack Mac Donald.

Cuando algunos de los amigos de su padre le vieron tomar partido por el asesino supuesto, le increparon diciéndole:

—Parece imposible que quieras salvar de la horca a quien tiene ya la cuerda al cuello. No es éste tu mejor papel en este asunto.

Mas él les replicaba con serenidad:

—Si mi padre viviera, vería con gusto como yo defiendiendo la causa de la verdad y de la justicia, ya que estoy seguro de que Hobbins no ha dado muerte a mi pobre padre, que desde el cielo debe estar esperando que se dé el oportuno castigo al verdadero culpable.

Ante estas sinceras palabras, los más exaltados iban deponiendo lentamente su actitud extremista y ya no pedían con tanta furia que fuese ejecutado el viejo Hobbins.

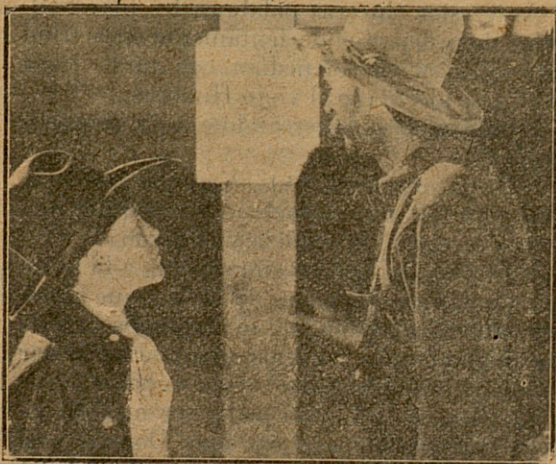
También Jane, acercándose a su prometido, le dijo:

—Estoy orgullosa de ti. Veo que eres todo un hombre y sabes escuchar en cualquier momento la voz de la justicia y la razón.

En tanto, en una cabaña cercana a la mina que un día fué del padre de Jack y que ahora permanecía abandonada, se preparaba una de las añagazas más indignas que podían llevar a cabo el malvado Sykes y sus secuaces.

La idea de Sykes no podía ser más diabólica: procuraría que Jack Mac Donald y el viejo Hobbins se encontraran en la cabaña abandonada y entonces Sykes dispararía sobre ellos, y cuando les hubiera dado muerte, todos creerían en el pueblo que se trataba de una lucha por vengar Jack a su padre, y que en ella ambos habían perecido.

Si el plan tenía éxito, ¿quién podía impedir ya que Sykes fuera el dueño absoluto de la situación, y por lo tanto, el único candidato a la mano de Jane? Además, había otro interés que movía a Sykes: se susurraba en el pueblo que en la mina de Raven, que ésta era la que explotaba el infortunado padre de Jack, había escondido éste, antes de su muerte, un buen montón de oro, que de encontrar-



... el pequeño Red que se las ingenió para salvar a Hobbins.

lo, como esperaba, redondearía la fortuna de Sykes y le ahorraría preocupaciones en su futuro.

Sykes se valió de un amigo de Jack para imbuir a éste en las creencias acerca de la culpabilidad de Hanfl Hobbins, como era necesario para que éste acudiera a la cabaña.

Este amigo habló a Jack de la siguiente manera:

—Jack, debes saber que, no obstante quan-

to te digan tus amigos, en el pueblo se censura tu conducta para con el asesino de tu padre. Quiero creer que obres así porque crees en su inculpabilidad; pero si te presentaras ahora en la cabaña cercana a la mina de Raven, verías como también Hobbins está allí para apoderarse de la fortuna en oro que tu padre tiene escondida allí.

—Iré, y si es cierto lo que me dices... nadie deberá darme lecciones de valor y venganza cuando de castigar al asesino de mi padre se trata.

Ya había conseguido Sykes la primera parte de su plan. Espoleando con locura a su mejor caballo, partió Jack Mac Donald hacia la cabaña.

Faltaba tan sólo que allí acudiera también Hobbins y otro le dió el trabajo hecho. ¿Quién fué el otro? Pues el pequeño Red, que se las ingenió de manera de libertar a Hobbins atando una gruesa cuerda a los barrotes de la reja de la cárcel, y uniéndola luego al pomo de la silla de su caballo, que lanzó al galope, haciendo saltar la reja y poniendo a Hobbins en libertad del modo más inesperado.

El viejo, conocedor de la cabaña, por haberla compartido con el padre de Jack, fué hacia ella para refugiarse. Les seguía el pequeño, orgulloso, sobre su "poney", por haber dado la libertad a un inocente.

Mientras se dirigían a la cabaña, pasó por un camino cercano, y a un galope frenético, Jack. Al instante adivinó el pequeño que Jack se dirigía también a la cabaña, y para evitar el encuentro, se puso a galopar por un atajo, no sin antes recomendar al viejo Hobbins que se dirigiera a la cabaña.

El atajo le permitió ganar cierta delantera sobre Jack, y recurriendo al lazo, nuestro pequeño héroe dió una prueba contundente de su habilidad en manejarlo. Esperó a que pasara Jack, y enlazándolo con la cuerda, lo derribó de la silla y lo mantuvo inmóvil, lazado de brazos y piernas.

Al verse reducido a la impotencia, preguntó Jack a su pequeño pero decidido adversario:

—¿Pero qué es lo que te propones, Red? ¿Has querido jugarme una de tus bromas, para demostrarme que eres un gran caballista y lazador?

—No—replicó el pequeño—, lo que he querido hacer es evitar lo irreparable. Si te retengo prisionero, es por tu bien... Temo que realizaras algún acto del que más tarde podrías arrepentirte.

—Déjame libre, que hacer justicia no es cometer ningún crimen, y yo deseo vengar a mi padre ahora que me han dado ocasión para conocer quién fué su asesino.

—Sé que te refieres al viejo Hobbins... Pe-

ro ese pobre hombre no es malo. Mientras tú quedas aquí, nosotros, es decir, yo y Jane, lo pondremos todo en claro y te ahorraremos trabajo...

—Buena me la has jugado pequeño—dijo Jack, desde el suelo, donde permanecía aprisionado por el lazo que le sujetaba de modo tan completo que no podía recurrir, para libertarse, ni a su pistola, ni a su cuchillo.

No podía estar mejor trazado el plan; pero el pequeño mediador no contaba con que poco tiempo después pasara por junto a Jack, Sykes, acompañado de su cómplice Hogan, y al verle, le libertara rápidamente diciéndole:

—Aun es tiempo de que puedas vengarte; corre a la cabaña de Raven...

Mientras, Sykes se dirigía a la cabaña, a la que por un atajo llegó mucho antes que el propio Jack Mac Donald. Penetró en ella y se encontró al viejo Hank Hobbins, al que dijo:

—Jack Mac Donald viene hacia aquí con el propósito de vengar a su padre... y yo espero que tú sabrás matar al hijo, como supiste liquidar al padre...

—Mientes, Sykes—dijo indignado Hobbins—, y aun cuando no adivino muy claramente lo que te propones, nada bueno debe ser, cuando tú tratas de excitarme a que cometa un asesinato.

—No te darán tiempo... Jack viene decidido a matarte sin contemplaciones...

—Puede hacerlo. Yo ni siquiera me defenderé. Si a Jack le ocurre algo, seré yo quien dé cuenta de ti y de tus cobardes intrigas.

—No hablarías así si supieras que debajo de la cabaña está escondido un montón de oro que puede llegar a ser de tu propiedad. Si me ayudas a buscarlo, ya que tú, como amigo del difunto Bob Mac Donald, puedes saber dónde tenía la costumbre de esconderlo.

—Jamás; antes moriré—gritó con fuerza Hobbins.

—Pues bien, Hank Hobbins, aquí está Jack. Ahora puedes acabar con él antes de que te mande a mejor vida.

Hizo el viejo un gesto despreciativo, y Sykes desapareció, escondiéndose. Lejos se percibía el galopar del veloz caballo de Jack.

Al mismo tiempo, el pequeño Red, que no había permanecido inactivo durante este tiempo, llegaba con su jadeante cabalgadura a las puertas de la casa del sheriff. Le salió al encuentro Jane, y el pequeño le dijo:

—¿En dónde está tu padre? Dile que se dé prisa en acudir a la cabaña de Raven, pues Sykes y uno de sus compinches se las han arreglado en forma de que Jack mate a Hobbins, para de esta manera verse libre de los dos hombres a la vez.

Inmediatamente el sheriff se preparó, y



—¡Muchachos! ¡Vamos a intervenir en el caso más...

reuniendo a sus hombres, desató su caballo y saltó sobre la silla, al tiempo que les decía:

—Muchachos, vamos a intervenir en el caso más complicado de mi vida... pero que la justicia guíe nuestros pasos y podamos castigar al culpable.

Partieron a galope, y una nube de polvo señalaba su rápida marcha por los escarpados senderos de las montañas. Momentos después, Jane saltaba igualmente sobre su caballo y se-

guía al pelotón de jinetes que capitaneaba su padre. Hubiera podido alcanzarle, ya que para ello le sobraba sangre a su caballo, pero temía ser vista y con razón suponía que su padre la mandaría de nuevo a su casa, para evitarla todo peligro que pudiera correr.

Mientras galopaba, reteniendo los bríos de su caballo, meditaba Jane que, si bien hubiera visto con gusto como Jack castigaba al asesino de su padre, por otra parte, temía que su novio manchara sus armas con la sangre de un pobre viejo inocente.

Había llegado el momento en que debía decidirse la suerte de los protagonistas de esta humilde novelita. De un lado, la traición integrada por el astuto Sykes, verdadero autor de la muerte de Bob Mac Donald, y del otro el Bien, la Inocencia y la Nobleza encarnadas por Jane, por Jack y por el pobre Hobbins. No olvidemos tampoco el afán de aventuras y de luchar por la justicia que sentía el pequeño Red.

Quedaba sólo en el campo neutral, y a igual distancia de los dos bandos, la representación rural de la Justicia, que encarnaba el sheriff, padre de Jane. El debía decidir en última instancia quién recibiría el peso de la Ley y el rigor de la sentencia.

Anticipémonos, en alas de nuestro corcel volador, la imaginación, y llegaremos antes a la cabaña... mucho antes de que lle-

guen los que van a ser actores del episodio más interesante.

Vemos en primer lugar como Jack, ansioso de venganza, pintados en el semblante el rencor y la rabia, se precipita en el aposento rústico donde el viejo Hobbins se halla. Su voz apenas se comprende; ruge más que habla.

—Viejo del demonio, voy a darte la oportunidad que tú negastes a mi padre; voy a dejar que te defiendas y no te mataré como a un perro.

Y uniendo la acción a la palabra, saca su pistola y encañona al viejo, que, lejos de aparentar temor, te replica con calma que des-concierta:

—Te he dicho y voy a repetirte ahora, con la sinceridad que dan los últimos momentos, que Bob Mac Donald era mi mejor amigo y que de ningún modo le hubiera asesinado.

—Mientes—contestó con viveza y con voz cegada por la cólera, Jack—y no puedo perder más tiempo escuchando tus falsas promesas de inocencia. Prepárate a morir... Cuando yo cuente tres dispararé y todo habrá terminado para ti. Será ante otra justicia superior ante quien deberás dar cuenta de tu crimen repugnante.

—Puedes disparar cuando gustes —dijo el viejo, con una sangre fría que hubiera sido

una revelación para quien no estuviera tan enardecido como Jack.

Mas éste no podía atender a razones: tenía ante sus ojos la roja venda de sangre causante de tantas muertes, desde que la humanidad ciega manchó sus manos con la primera arma homicida.

Lentamente subió el gatillo del arma que empuñaba Jack y volvió a caer. Brilló un rayo de muerte en la estancia y el seco estampido resonó a tiempo que el viejo caía herido.

—Buen trabajo acabas de hacer, Jack, dijo Sykes con diabólica pausa.

—Lo que me extraña es que ni siquiera se haya defendido—replicó Jack, en cuyo cerebro empezaba a sostener batalla terrible la venganza y el remordimiento.

Sykes estaba satisfecho. Aprovechó la ocasión de que Jack había dejado caer el arma con que disparara contra Hobbins, para recogerla rápidamente y encañoneando a Jack le dijo:

—Ahora ya has dado muerte al pobre Hobbins. Oculto en la habitación contigua lo he presenciado todo. Ahora sólo falta que me digas en qué forma quieres que te mande a reunirme con él. Los dos me estorbabais, y de esta forma de los dos voy a verme libre. Al encontrar este revólver creerán que os habéis agredido mutuamente y... asunto concluido.

Ya nadie podrá disputarme la posesión de Jane y del oro de tu padre, que está escondido en esta misma cabaña. ¡La partida es mía!

Mas no contaba Sykes con que el viejo Hobbins, si bien estaba herido en un hombro, vivía aún y el viejo podía serle útil aún.

Hobbins, con un esfuerzo increíble a sus años, cogió a Sykes por las piernas y lo derribó al suelo. Este momento lo aprovechó Jack para arrojarle sobre el criminal y desarmarlo.

No obstante, haciendo un desesperado esfuerzo, Sykes logró escapar; pero Jack salió veloz tras él, al tiempo que Hobbins le gritaba:

—¡No le dejes escapar, que éste es el asesino de tu padre!

Rápida y terrible fué la persecución; pero las fuerzas de Jack, aumentadas por el coraje, le permitieron alcanzar al fugitivo y luchando con él a brazo partido, consiguió reducirlo y entregarlo al sheriff, que en aquel momento llegaba con sus hombres a las inmediaciones de la cabaña, testigo de tan dramáticas escenas.

Después de entregar Sykes al sheriff, Jack volvió a la cabaña, y al hallarse ante Hobbins, le dijo:

—Ya está Sykes en poder de la justicia;

ahora sólo falta que tú, mi viejo y noble amigo, me perdones. ¡Qué injusto he sido!

—Como no he de perdonarte, Jack, si sé que obraste influenciado por Sykes. Has de saber, Jack, que cuando tú tenías dos años, ya te monté yo sobre un "pony" como el de Red y te di las primeras lecciones de equitación.

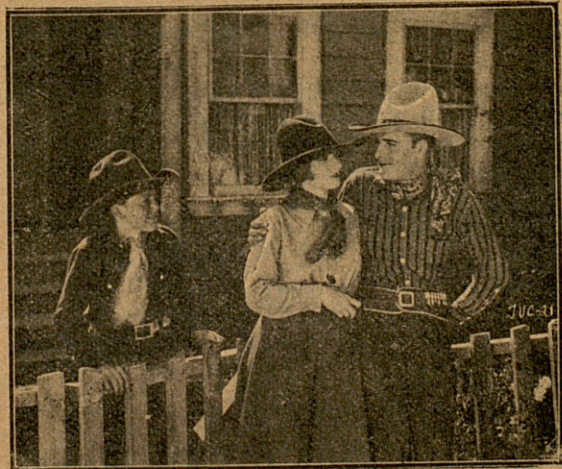
—Gracias, Hobbins—dijo Jack, abrazándolo—, tu conducta aparece ahora clara y la fuga de Sykes y su cinica actuación es el cargo de más peso para patentizar su culpabilidad.

Las lágrimas asomaron a los ojos de Jack, y Hobbins y todos los presentes estaban profundamente conmovidos.

—El sheriff—dijo Jane— me ha manifestado como a tal que Sykes será castigado, y también como padre me ha dicho que el hombre que reconoce sus errores, como ha hecho Jack, puede llegar a ser un marido ideal.

—Es cierto—dijo Hobbins—, y si lo es también que Jane, como hija del sheriff, sabe lo que piensa su padre acerca de los criminales como Sykes, no lo es menos que ella, como mujer del día, sabe elegir a Jack como al mejor de los maridos.

—Bien—dijo Jack—, agradezco vuestros elogios, y tú, Hobbins, cuando estés mejorado de tu herida, podrás asistir a nuestra boda.



... se celebro la boda...

—Poco me molesta la herida... y de la debilidad causada por la pérdida de sangre me repondré cabalmente con el banquete de boda.

Pasaron unos días, en los que se cumplió la sentencia contra Sykes, y cuando el rastro de la tragedia se hubo borrado y Hobbins ya pudo sostenerse a caballo, se celebró la boda entre Jack y la hija del sheriff, que tuvieron el capricho de pasar la luna de miel en la cabaña, convertida ahora en nido de amor. Y entre arrullo y arrullo dedicáronse a bus-

car el oro que allí enterrara el buen padre de Jack.

Si lo encontraron o no y el uso que del mismo hicieron, ya no es tema para alargar esta novelita, pintura apropiada de la vida en las poblaciones del Este americano, tierra de oro, de pasiones y de amor.

FIN

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

UNA HORA CONTIGO

La reciente creación
del mago de la risa

Mauricio Chevalier

maravillosamente se-
cundado por

Jeanette Mac Donald - Lily Damita

Precio: Una peseta.

PEDIDOS A

Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

Reportajes sensacionales

acaba de publicar los cuadernos
del más alto interés y actualidad

25 céntimos tomo

LOS MONARQUICOS CONTRA LA REPUBLICA

La verdad sobre la sublevación
de Sanjurjo.

VISTA DE LA CAUSA CONTRA SANJURJO

Las víctimas de la monarquía
impelan el indulto.

EXITO DE LOS TOMOS PUBLICADOS:

50 céntimos tomo

La reina del barrio chino de
Barcelona

Historia de un pistolero

25 céntimos tomo

El crimen de Badalona

El barrio chino de París

El secuestro del baby Lindberg

El barrio chino de Tolón

Los bajos fondos de París

Los gangsters de Al Capone

La trata de blancas

PEDIDOS A:

Editorial "ALAS" - Apartado 707 - Barcelona

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis

CANCIONERO **P**OPULAR

32 Páginas de texto: **30** cts.

VEINTE CANCIONES CADA CUADERNO

Carlos Gardel	Azucena Maizani
Imperio Argentina	Mario Visconti
J. Mac Donald	El Cante Jondo
José Mojica	Carlos Gardel
Roberto Rey	(Nuevos tangos)
Blanca Negri Alady	Dolly Haas
Enriqueta S. rrano	Lupe Rivas Cacho
Felisa Galé	M rcedes Serós
Celia Gámez	Custodia Romero
Orquestina Planas	Emilio Sagi-Barba
L. Harv. y H. Garat	Marcos Redondo
Maurice Chevalier	Marlene Dietrich
Rampér	Agustín Irusta

PEDIDOS A

EDITORIAL "ALAS" Apartado 707
BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos para el certificado. Franqueo gratis

Los primeros éxitos de
la temporada 1932-1933

como siempre serán editados por

Ediciones BIBLIOTECA FILMS

TÍTULO DE LA SUPREMACIA

UNA CANCIÓN, UN BESO, UNA MUJER

Opereta cinematográfica por
GUSTAV FROELICH y MARTHA EGGERTH

UNA HORA CONTIGO

La reciente creación del mago de la risa
CHEVALIER maravillosamente secundado
por JEANETTE Mc DONALD y LILY DAMITA

RONNY

Opereta espectacular interpretada por
KATHE DE NAGY y WILLY FRITSCH

DOS CORAZONES Y UN LATIDO

Opereta cómico sentimental por la ideal pareja
dinámica LILIAN HARVEY y HENRY GARAT

== No deje de ==
coleccionar BIBLIOTECA FILMS

Precio del tomo es la más selecta colección
UNA peseta de novelas cinematográficas.

EDITORIAL "ALAS" Ap. Correos 70/
BARCELONA

Servimos números sueltos y colecciones, completas, previo
envío del importe en sellos de correo. Remitan cinco céntimos
para el certificado. Franqueo gratis